



M.I. Ayuntamiento de la Villa de
LA VICTORIA DE ACENTEJO

ACTA DEL IX CONCURSO DE RELATO CORTO. LA VICTORIA DE ACENTEJO

En la Villa de La Victoria de Acentejo, siendo las 11.00 horas del día 3 de mayo de dos mil dieciocho, en los locales del Ilustre Ayuntamiento de esta localidad, se reúnen los miembros del Jurado designado al efecto, para elegir a los ganadores del concurso de relato corto La Victoria de Acentejo. Una vez leídos todos los trabajos y tras una amplia deliberación y posterior votación acuerdan por unanimidad emitir el siguiente fallo.

1º.- Felicitar a todos los participantes por la dedicación, entusiasmo y buen hacer, animándolos a continuar participando en próximas ediciones de este concurso.

2º.- Declarar **Desierto** el premio en la categoría mejor relato, menores de 12 años.

3º.- Otorgar el premio al mejor relato en la categoría de 13 a 19 años valorado en 100 euros, a **Tamara Rodríguez Martín**, con el relato titulado **"Cielo"**.

4º.- Otorgar el premio al mejor relato en la categoría mayores de 19 años **Ex aequo**, valorado en 50 euros cada uno, a **Yaiza Ramos Hernández**, con el relato **"Gracias por las palabras"** y **Carlos Rodríguez Mamposo** con el relato **"Bajo el olor de un drago"**.

Y no habiendo más asuntos que tratar, se levanta la sesión, extendiéndose la presente Acta, de todo lo cual como Secretario, doy fe.

CIELO

Recuerdo mi piel reaccionar a un acariciar de sábanas y levantar la mirada, esperando encontrar la misma monotonía de bata blanca. Sin embargo, ante mis ojos se alzó el brillo del sol, una sonrisa rebosante de ternura y una ráfaga de esperanza que asaltó mi alma. Me tendiste tu mano sin meditarlo, quizá por ello mis pestañas se humedecieron al contacto de nuestros dedos, quizá porque nuestra aventura ahí comenzaba.

Temblé, el frío tacto me llenó de inseguridad.

—¿Qué ocurrirá si nos perdemos?

—No temas, el cielo será nuestro guía aunque el destino nos traicionara, atravesé aquellas puertas a tu lado, y no pude haber tomado mejor decisión.

De los días junto a ti guardo con cariño las canciones que a pleno pulmón cantamos, el viento que agitó mis cabellos, las horas y horas que hablando gastamos, el calor de la manta enrollada en mi cuerpo adormilado, pero no poseo mejor memoria que pisar la arena aquella noche de luna llena.

En presencia del más inmenso de los océanos, tumbado observando tus profundos y radiantes ojos, comprendí que a pesar del majestuoso reino de luceros que se imponía sobre nosotros, no existía en la faz del universo un cielo más brillante que tú. Y es que, ¿qué iba a saber la noche de ayudar cuando traicionado había a miles de marineros a la deriva? Con la guía de tus estrellas recuperé el respirar con calma, recuperé la euforia, recuperé la sonrisa... recuperé el sentir de estar con vida. Me salvaste de la siniestra monotonía que me ahogaba y consumía, una lástima que el tiempo se consumiera con tanta prisa.

Lágrimas corrían apresuradas por mis mejillas mientras aquellos demonios en bata me aprisionaban. La desesperación se coló por todo mi ser, a la vez que aquella aguja allanaba mi entrañas, mis venas. Deslizaste con tu característica delicadeza tu mano sobre mi rostro y nuestras miradas conectaron por última vez. A pesar de las cascadas que bajo tus ojos fluían y hasta tus hoyuelos mojaban, dibujaste una dolorosa sonrisa para mí.

—Te quiero.

Si me querías, ¿por qué me dejaste? Creé un mundo de fantasía a tu lado y me aferré a ello con la intensidad de mil tormentas, pero desapareciste bajo el efecto de aquella inyección. Ellos me prometieron que volverías si tragaba las pastillas que me suministraran.

¿Fue porque acepté? ¿Fue por las malditas cápsulas que ingiero?

Así pensaba y así te lloraba pero, ¡qué cristalina se ve la laguna ahora! Al fin y al cabo, mi imaginación siempre fue capaz de construir un sinfín de inmensos reinos de

mentiras: atardeceres del Edén tomando tu mano, el aroma a lavanda de tu cuello inundando mis sentidos, tus hebras cobrizas entre mis dedos y disfrutar de tu risa suave como terciopelo.

Si imaginé todo aquello con la facilidad con la que el mar arrastra la arena...

Te imaginé a ti.

Porque... solo fue una ilusión, solo fuiste una ilusión.

GRACIAS POR LAS PALABRAS

Una hoja en blanco puede ser el principio de una gran historia, esos trazos de tinta en un papel pueden conseguir transportarnos a otro lugar y hacer que nos olvidemos, aunque sea por unos minutos, de todo lo que tenemos a nuestro alrededor. Una magia que se consigue a través de las palabras, poder sumergirse en cualquier mundo ficticio o vivir otra época histórica, ponerse en la piel de un intrépido guerrero o una dama de la más alta clase de la época Victoriana. Sólo hace falta conseguir expresar con palabras todo aquello que llevamos dentro. Pero hay algo mucho más importante, lograr conseguir que la persona que lo lea sienta el mismo entusiasmo y emoción que nosotros hemos sentido al escribirlo.

Mi abuelo era un gran apasionado de los libros, devoraba miles y miles de ellos cada día y parecía que nunca se cansaba de leer. Siempre me decía que yo tenía talento para escribir y fue gracias a él que surgió mi pasión por las palabras. Y todo ello a pesar de recibir en múltiples ocasiones las hirientes palabras de muchas de las personas que me rodeaban. Al principio reconozco que aquellas palabras entraron en mi corazón como si de un puñal se tratase, pero tras perder a mi abuelo todo cambió. Entendí que aquellas palabras eran simplemente palabras vacías. Aquellos pequeños puñales pasaron a ser nada más que hojas movidas por el viento, convertí esta negatividad en amor y pasión hacía los libros.

Por todo esto y más, te doy las gracias. Gracias abuelo por ser la única persona que creyó en mí y sobre todo gracias de corazón por tu amor hacía las palabras. Gracias por hacerme ver que las palabras no son sólo eso sino que son todo lo que uno quiere que sean.

"Lee, sueña y deja que el mundo de las palabras entre en ti. Ama los libros, aprende y nunca dejes de soñar".

BAJO EL OLOR DE UN DRAGO

Las tenues olas penetraban en la orilla de la playa, removiendo los callados con sus idas y venidas. El ruido era tan monótono y placentero, que se consiguió abstraer durante quince minutos mientras oteaba como un galeón se perdía en el horizonte.

Tras servir en los tercios españoles en las guerras contra Sicilia, Nápoles y Flandes, con amplias muestras de gallardía y condecoraciones, Héctor Luzardo se alejó de la cruenta guerra; dejando atrás arduas vivencias en la trena, regueros de sangre y plegarías a dios por seguir viviendo un día más.

Toda su vida había estado dedicada a conseguir el decoro y una reputación intachable que le brindara ciertos privilegios en su retiro, junto con su familia, en una austera casa oculta tras pequeños dragos que había sido su más preciado tesoro hasta ese entonces. No obstante, la mala suerte le había privado de esta opción; pues a los pocos días de su llegada de las tierras holandesas, su mujer encinta había enfermado gravemente con altas fiebres llevándose su vida y la de su futuro hijo consigo.

*Curioso el destino que le tenía preparado dios - pensó, después de hacerlo sobrevivir en sangrientas contiendas europeas acontecidas durante el siglo de oro bajo la bandera española sirviendo con pródiga honra a los reyes Felipe II y IV, cuyo linaje dorado de los Habsburgo, y por consiguiente los dueños de medio mundo, habían logrado escribir eternas páginas de oro en los libros de la historia española. En definitiva, que estaba España inmersa en su época de mayor apogeo, gracias a la Casa de Austria y la colonización de América; y sin embargo, el pobre Luzardo, soldado veterano de una milicia guerrera, partícipe destacado de esa bella grandeza lograda entre los siglos XVI y XVII, se sentía olvidado y poco reconocido tras un *muchas gracias por su servicio y hasta la próxima contienda.**

Optó después de dichos desaires, en refugiarse en su propio remanso de paz, huyendo de su tierra natal, Albacete, y partiendo fuera de la península ibérica hacia las Islas Canarias; donde no quedaba rastro de sus antiguas ilusiones, ni de su familia, con la necesidad de empezar desde cero de nuevo y forjarse una nueva vida.

Con el recuerdo de una desapacible travesía por mar desde Huelva, desembarcó en el puerto de Garachico, en la isla de Tenerife, en las mismas faldas del coloso Teide. Se asentó en un pequeño municipio cercano de la isla baja, donde existía una larga tradición viticultora y donde, poco a poco, fue sintiéndose a gusto entre sus gentes. Las huellas del pasado seguían bajo su piel, llena de cicatrices visibles, pero menos dolorosas que aquellas que había sentido su alma por las muchas vidas arrebatadas en el campo de batalla y por ver tumbadas sus expectativas de vida tras su vida militar.

Comenzó en ese tiempo a aficionarse con la elaboración de vinos de malvasía, que con tanto fervor existía en dicha comarca, hasta lograr lanzar un negocio que fue prosperando hasta expandirse por toda la isla bajo la marca *Luzardo*. En sus ratos libres, paseaba por la playa de San Marcos o contemplaba maravillado, junto con otras gentes, la profunda belleza de uno de los dragos cercanos a su puesto de negocio. Un drago enorme y viejo, con una cavidad larga y mítica en su interior, cuyo olor le hacía sentirse como en casa, su casa de Albacete. En esos momentos, afloraban nuevamente recuerdos y añoranzas pasadas que le hacían partir a su morada, cabizbajo.

Habían transcurrido ya dos décadas desde su dolorosa partida, el negocio del vino había crecido a un ritmo descomunal, hasta tal punto que empezaban a llamar al pueblo donde vivía "*Icod de los Vinos*". Y con todo eso, y muy a pesar de tanto sobrenombre y flamante éxito, se ocultaba por debajo una profunda herida en su espíritu, ahogada como muchas otras gentes gracias al vino, aunque en esta ocasión sin siquiera probarlo...